

IN MEMORIAM*

DE TEÓFILO ESPINOSA CASTAÑEDA

Severino Salazar

Desde el mismo título del libro —*In memoriam*— nos hallamos ya sumergidos en la lectura del mundo que nos propone esta lectura. Es la puerta de entrada al mundo de los que se han ido. Sólo queda un regodeo en la memoria, nos dice reiteradamente el autor, con diferentes palabras y situaciones diversas.

Sin embargo, se trata de un regodeo doloroso. Y éste poco ayuda a mitigarlo, más bien es a través de la memoria como se mantiene viva la idea de la muerte, de ese misterio que aguarda al final de todo lo que tiene vida. La experiencia existencial

más terrible a la que el hombre tiene acceso es la muerte. Hay otras experiencias, como el amor, Dios o la misma vida, pero el telón de fondo es siempre la muerte. La muerte es el tema de este libro.

Por lo tanto, el pilar que sostiene estos textos es esa ambivalencia que siempre nos plantea la muerte, por un lado la queremos olvidar y, por el otro, no queremos ignorarla; o sea que nos encontramos cara a cara con la paradoja que implica todo duelo: de olvidar la muerte y al mismo tiempo no querer olvidarla porque eso significaría la muerte verdadera, la plena, la definitiva. Cuando se borra de la memoria el recuerdo del que una vez estuvo vivo sucede la muerte verdadera.

Cito tres líneas:

*Habrà siempre una esquina
donde el hombre
converja con su muerte.*

Esta es una certidumbre que, como sentencia, casi al final del libro nos hace ver el autor. Y aunque esta certidumbre sea un lugar común, lo novedoso está en lo sintético conque es expresado. Porque aunque la muerte sea igual, cada quien la sufre, la experimenta y la siente desde su circunstancia. Aunque el dolor es el mismo, es nuevo y diferente en cada individuo.

El fin de la vida está alumbrado desde los diferentes ángulos que proporciona el dolor. El dolor es una sensibilización a lo vivido, un sensibilizador. A través de él se alcanza un cierto grado de lucidez. Se puede filosofar sobre la vida que se ha perdido, especular acerca de su significado, su objetivo, su fin último. También se vuelve una experiencia cósmica porque toda la naturaleza participa en esta especulación. Por un lado se da una crisis y, por el otro, se cuestiona el valor o el sentido mismo de la existencia.

En esta colección de poemas se recurre mucho al paisaje, al cosmos: luz que se apaga, polvo, desierto, mar, ciudades, plazas, pueblos, etc. También se recurre a las imágenes con animales, que de alguna forma son nuestros compañeros de viaje por este mundo. Son nuestros compañeros,

* *In memoriam*, Teófilo Espinosa Castañeda, edición del autor, México 2003. 100 pp.

aunque lo que nos diferencia de ellos es que no tienen precisamente la conciencia de su muerte.

En el poemario del que nos ocupamos hay toda una zoología de imágenes y metáforas que le dan cuerpo y consistencia al discurso. Éstas concretizan sentimientos y crean atmósferas. Por lo tanto, aquí los animales son polisémicos. Se habla, por ejemplo de “Un cuervo nace del miedo” “los ajolotes de la tristeza, los ajolotes salados del amor,” “de las moscas, voraces amantes del espacio,” “jugaban como gatos salvajes el juego de crecer” “Y mi tristeza, loba que me muerde y que no cede”, “los pájaros ruidosos de la memoria”, “víbora que se muerde a sí misma”, “como pájaros hambrientos de vida”,

“Los pájaros nacerán de tus ojos”. “Los cuervos graznan alocadamente y en obscenas multitudes devoran el maíz de tus venas” “si soy solo un lagarto que se arrastra indiferente..” “Renace en las abejas” “Mi padre es un alacrán que se pica a sí mismo”, y un largo etc.

El libro cierra con el poema más largo de la colección, y sólo tiene que ver con la muerte de una manera tangencial. Este texto, dividido en cinco apartados, es una celebración de la vida. Y no es gratuito el hecho de que sea el más extenso. Es el canto de la Fiesta, con mayúscula, como una oposición a la muerte. Aquí se recorre el año a través de sus celebraciones y los bocadillos con los que se festejan. Se trata de un canto esperanzador.

Después de enterrar a los muertos se debe comer, porque de esta manera celebramos la continuación de la vida.

Sí, el estatuto de la muerte es terrible, es brutal, interrumpe la vida, pero hay momentos de fiesta, días de alegría sin medida. El ágape, el banquete que es la vida, que debería ser la vida.

Estamos frente a un libro conciso, sin digresiones, que aborda un tema, jamás lo suelta, y lo lleva hasta sus últimas consecuencias. El poema final, al que nos referimos, no sale de cuadro, al contrario, le da una redondez que, además, sirve al propósito de iluminar hacia atrás a los otros textos. Y en última instancia, el dolor no es un callejón sin salida, parece decirnos su autor.